

Editorial

Bru Laín y Albert Sales

Hasta no hace mucho, tendíamos a pensar que las personas mayores eran la población que normalmente presentaba las peores tasas de pobreza y de exclusión social y que, por extensión, debían ser uno de los colectivos más afectados por la crisis económica del 2008. Lo cierto, no obstante, es que lo que realmente observamos desde hace años es más bien un aumento y una cronificación de la pobreza y la exclusión en la población infantil. Esta es una tendencia compartida en la mayoría de los países de nuestro entorno, aunque hay algunas diferencias notables. Por una parte, este fenómeno podría deberse a varios cambios demográficos, laborales o económicos de alcance europeo y global. Pero, por la otra, también parece ser fruto de unas transformaciones políticas que tienen que ver con el funcionamiento de nuestros modelos de protección social.

El caso español presenta ciertas particularidades, no solo porque es uno de los países con una de las tasas de pobreza infantil más altas de nuestro entorno (el 24 % frente al 13 % por término medio de los países de la OCDE), sino también por las causas de este fenómeno. En este sentido, nuestro estado de bienestar muestra una fuerte tendencia a lo que algunos han llamado dualización, una característica tanto del mercado laboral como del modelo de protección social del país. Por una parte, tenemos un mercado laboral que excluye o condena a la precariedad a un gran número de grupos sociales (jóvenes, mujeres mayores, madres solas, personas de más de 45 años, gente migrada, etcétera), a los que se ha denominado nuevo precariado o *outsiders*, y, por la otra, tenemos un sistema de protección social que, paradójicamente, está muy vinculado a la participación laboral y que, por lo tanto, tiende a sobreproteger a los colectivos más activos laboralmente, los denominados *insiders*. De este modo, mientras que estos últimos son los destinatarios de las políticas o las prestaciones con mayor impacto redistributivo (mayoritariamente las contributivas, como las prestaciones por desempleo o las pensiones de jubilación vinculadas a la participación laboral), los primeros se convierten en beneficiarios de las políticas no contributivas y con menos capacidad redistributiva (como las rentas mínimas o de inserción y las ayudas sociales de urgencia provistas por los organismos autonómicos y municipales).

Una parte de este colectivo más excluido lo forman los niños y niñas, adolescentes y jóvenes, en general beneficiarios de las políticas para menores y de las ayudas a las familias, que habitualmente muestran una cobertura y una intensidad muy bajas tanto en el ámbito español como en el catalán. La falta de ayudas específicas para niños y niñas y para familias, la inexistencia de una educación pública y gratuita en la franja de 0 a 3 años o el aumento de la pobreza y de la polarización económica general vinculado a las altas tasas de precariedad laboral de nuestro país serían solo algunos de los factores que explicarían por qué los niños y las niñas se ven tan afectados por la pobreza.

Podemos afirmar, pues, que los niños y las niñas que viven en hogares que se encuentran en situación de pobreza son golpeados doblemente: primero, porque no se dispone de suficientes políticas públicas realmente efectivas y diseñadas específicamente para los niños y las niñas y, segundo, porque sus padres y madres tienden a coincidir con la población que antes hemos identificado como la más precaria y que, por su condición de exclusión laboral, es, a la vez, la que tiene menos acceso a las prestaciones contributivas más efectivas a la hora de reducir la pobreza y la desigualdad.

La evidencia empírica nos muestra que el nivel educativo de los progenitores está fuertemente vinculado a los niveles de riqueza (o de pobreza) que mostrarán sus hijos e hijas el día de mañana. Sin embargo, tal como remarca uno de los artículos de este número de *Barcelona Societat*, también sabemos que el nivel económico de sus padres y madres y la frecuencia con la que hayan podido vivir episodios prolongados de pobreza constituyen otra variable muy importante. Por eso, nuestras alarmantes tasas de pobreza infantil son el reflejo de las deficiencias actuales del estado de bienestar y del funcionamiento de nuestro mercado laboral, pero también son una medida muy indicativa para hacer una estimación de las tasas de pobreza y de desigualdad de mañana. Desafortunadamente, pues, los niños y las niñas pobres de hoy tienen muchas probabilidades de convertirse en los hombres y las mujeres pobres del futuro.

Una vez expuestas las evidentes deficiencias de la mayoría de las políticas para niños y niñas de nuestro país, así como las complejidades y las particularidades de la realidad urbana, actualmente las políticas sociales de alcance municipal ejercen un papel fundamental en la reducción de las tasas de pobreza infantil y todo indica que aún ganarán más protagonismo en los próximos años. Desde el ámbito de la salud mental y física, pasando por el de la educación primaria y secundaria y la no obligatoria, hasta las políticas de rentas y de ayudas a las familias, en la ciudad de Barcelona se están haciendo muchos esfuerzos y dedicando muchos recursos a combatir la pobreza infantil y, en general, garantizar una vida digna a todos los niños y las niñas de la ciudad. Recordémoslo: la riqueza se hereda, pero la pobreza también.